

## Prólogo a la edición francesa de *Al filo del agua*<sup>1</sup>

Es un hombre grueso, lento, de sólida cabeza abundantemente cubierta de cabello fuerte y negro. Cristales espesos, enmarcados de carey, filtran la luz grave de sus ojos profundos y ojerosos. Tiene labios que tienden a lo amoratado; sin que se sepa bien por qué, confieren al rostro una especie de bondad difusa y discretamente radiante; nada es agrio en él, nada es demasiado irónico; más bien una incertidumbre que tranquiliza, la prudencia del sabio, la vacilación que despierta confianza. Habla poco (lo han llamado el silencioso) y, cuando habla, lo hace con gran lentitud, con timidez; y la voz es baja y ronca, es la voz de su raza; y, si escoge las palabras, no es por deseo de elegancia sino para que sean exactas. He aquí, en pocos trazos, al señor licenciado don Agustín Yáñez, ex gobernador del estado de Jalisco, miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y —estoy convencido de ello— uno de los más grandes escritores contemporáneos de lengua española.

Para conocerle más, es preciso situarlo en el marco de la literatura actual de su país. Esto nos llevará a hablar de México: se entiende mejor el espíritu de una literatura cuando no se ignora lo que hay detrás y debajo de ella. Pero, ¿cómo explicar a México en pocas páginas? Un país del que casi no se sabe nada en Europa, o sólo viejos prejuicios, secuencias fílmicas, clichés o nociones escolares acerca de aztecas y mayas (con el riesgo de que éstos sean confundidos con los incas). Añádase que México no es nada claro, nada dispuesto a dejarse atrapar por los caminos de la

---

<sup>1</sup> *Demain la tempête*. Trad. al francés de Mathilde Pommès. París: Casa Plon, 1960.

analogía; es algo nuevo, desconcertante, solitario y endiabladamente complejo.

Contentémonos con decir unas palabras sobre su literatura. Si se conocen un poco los grandes pintores de México (Clemente Orozco, Diego Rivera, David A. Siqueiros, Rufino Tamayo), no se conocen en absoluto, o muy mal, sus escritores actuales: novelistas como Agustín Yáñez, Mauricio Magdaleno, Martín Luis Guzmán, Juan Rulfo, Fernando Benítez, José Revueltas; eruditos y ensayistas como Alfonso Reyes, fallecido hace poco; filósofos como el llorado, y discutido, José Vasconcelos; poetas como Carlos Pellicer, Octavio Paz, Salvador Novo, Guadalupe Amor. El motivo es simple: mientras que la pintura habla por sí sola un lenguaje universal (o casi), la literatura, por muy poderoso que sea su soplo, necesita, para ser exportada, ser traducida. Ahora bien —y es en gran parte a causa de su desorganización— la literatura mexicana ha sido hasta el día de hoy una de las menos traducidas del mundo.

El que quiera hablar con un mínimo de objetividad de la novela mexicana —me esforzaré por no salirme del dominio de la ficción— deberá olvidar las opiniones “oficiales” que se emiten sobre ella; me refiero a aquellas que dicta la crítica mexicana. Y no escribo la palabra “crítica” sin temor: sería lástima que tal palabra haga creer que existe en México una vida literaria que tenga algún parecido con la vida literaria francesa. Pues la realidad mexicana sólo parece —hechas las debidas proporciones— a la de Italia, lo que equivale a decir que está dominada, regida, acondicionada, por una crítica literaria eminentemente pasional. Más que a la obligación moral de examinar con seriedad y presentar al público las obras que se le someten, obedece a una cantidad de vigorosas impulsiones: simpatía, antipatía, rencores, amistad, cálculos y así por el estilo. Desde luego no faltan, y lo mismo acaece en Italia, críticos que a la inteligencia juntan una gran honestidad de juicio: pero son pocos numerosos y su tarea es entre las más difíciles: pues los puestos-clave pertenecen a los otros. Las consecuencias son las mismas en México y en Italia: divorcio entre crítica y realidad literarias, entre críticos y público. Exaspera-

da, tan lamentable situación provoca la desorganización del mundo literario, o por lo menos impide que se organice.

Esto dicho, ¿cuáles son las corrientes y los grandes nombres de la novela mexicana? Considerando la experiencia de estos últimos treinta años, debería más bien escribir “corriente” en singular: no se encuentra en efecto sino la corriente —realista— de la novela socialrevolucionaria. Se trata, y nadie va a asombrarse de esto, de un realismo que se complace en representar la realidad bajo sus aspectos más desagradables. ¿No ha sido José Luis Martínez quien inventó el término de “basurerismo” para señalar cierta literatura de su país? En un ensayo publicado, si no me equivoco, en 1947, ese joven crítico se divirtió redactando la lista de los temas más caros a la literatura nacional: miseria, promiscuidad, violaciones, crímenes, odios ancestrales, morbosidades, angustia... Si bien alimentada por una conciencia social agudizada por la Revolución, esta tendencia negra, repulsiva, tiene su origen en un filón literario del siglo pasado, cuando escritores clásicos y tradicionalistas como Fernando Calderón, Manuel Carpio, Joaquín Pesado, coexistían con escritores populares como Guillermo Prieto, Luis G. Inclán, Ángel del Campo...

Más estricta o técnicamente, se habla hoy de “novelas de la Revolución”: la obra de Mariano Azuela, *Los de abajo*, publicada en 1916, constituye su punto de salida. De estos escritores que ponen su arte al servicio del pueblo, uno de los más notables, tal vez porque se le reconoce muy convencido y se le sabe empujado hacia las posiciones extremas del universo en el que gravita (hacia una ideología comunista más o menos ortodoxa), es el aún joven José Revueltas de quien se conoce en Europa —bastante poco, para decir verdad— *El luto humano*. En su conjunto, la novela de la Revolución se caracteriza por un estilo trémulo, cortado, aproximativo; por una tristeza que roza la desolación (tristeza india más que mestiza), por una buena dosis de retórica; por gritos demasiado repetidos para que puedan esperar ser escuchados; en suma por una concepción sombría, amarga, de la vida. Son unos introvertidos que hablan mucho. La complacencia en el dolor es evidente, no hay despego, calma, armonía (ni deseo de armonía). No me

refiero aquí, por supuesto, sino a las personalidades menos conspicuas; el genio escapa siempre a las reglas generales.

He tenido oportunidad de presentar a tres escritores mexicanos a editoriales francesas para que los dieran a conocer a los lectores de aquí: Martín Luis Guzmán, Mauricio Magdaleno, Agustín Yáñez. Del primero, el de más edad de los tres, debería más bien decir que he vuelto a presentarlo: ya publicado en Francia hace aproximadamente un cuarto de siglo, ha sido olvidado demasiado pronto. Son las personalidades más vigorosas, y las más universales, de una literatura en que no escasean ni la fuerza ni el espíritu.

Guzmán, me pregunto si el calificativo de "novelista" le convenga perfectamente. Nacido en la ciudad nortehña de Chihuahua en 1887, es un eminente prosista cuya obra se inspira en la historia y en la compleja vida política de su patria. Su estilo, que se alimenta sin embargo de formas populares, y con un poder de sugestión ejemplar, podría compararse, por su claridad y armonía, por su sobriedad y elegancia, al de los escritores franceses de las mejores épocas. Es un clásico, y se le tiene por tal, aunque su universo, confuso y sangrante, es el de la Revolución. Más joven que él, y hoy senador de la República, Magdaleno es igualmente un producto de la Revolución. Nervioso, inquieto, siempre en pos de algo imprecisable, soñador y al mismo tiempo bien apegado a las realidades terrenales (despreciables por principio, codiciadas de hecho), he aquí a alguien quien, como artista y añadiría como ser humano, es un personaje de cine: Magdaleno se expresa a través de imágenes.

De Guzmán se leerá en Francia muy pronto *Memorias de Pancho Villa*; de Magdaleno, *Cabello de elote*. El primero atañe directamente al periodo revolucionario; el segundo, al postrevolucionario. En tanto que la novela de Yáñez que el lector tiene ante sus ojos concierne a las vísperas de la Revolución, y no podría ser otra cosa. Personalidad tendida hacia la abstracción, sensibilidad religiosa y por tanto esencialmente nostálgica, el novelista de Jalisco (nació en Guadalajara el 4 de mayo de 1904) no podía interpretar el mayor hecho histórico de su país sino esclareciendo espléndidamente la mentalidad y los fenómenos sociales de que la Revolución maderista es el séquito y el producto.

El lector francés leerá pues con atención, y me permito recomendarle que con paciencia, la extraordinaria obra que se le presenta ahora en la excelente traducción de Mathilde Pomès. No se penetra fácilmente en el universo de Yáñez, pero el esfuerzo vale la pena, y mucho. Ese lenguaje barroco, minucioso, espeso, obstinado, como enfermo de la necesidad de ser claro a pesar de la superabundancia de sus instrumentos, semeja a su autor quien antes desconcierta y luego fascina. Un lenguaje y un estilo que me recuerdan al Yáñez tal como lo “sentí” —no sin cierto embarazo y voy a explicar por qué— en nuestro primer encuentro en el Palacio de Gobierno de Guadalajara. Nos habíamos conocido en la casa de Guadalupe Amor durante el cóctel un poco alocado que la joven poeta —refinada, agresiva, caprichosa, inquietante, y sin alguna duda genial— ofreció en mi honor, en la ciudad de México, en el año de 1953. Aunque había intercambiado con él sólo unas frases vagas y probablemente triviales, percibí en el hombre que me miraba pesadamente, incómodo él también, una presencia singular, fuerte, terca, lo cual me empujó a preguntar quién era; y, habiéndoseme dicho que era un novelista, sentí deseo de conocer sus obras. Pero no pude hacerlo sino mucho después porque mi conocimiento del español era entonces demasiado superficial para que me atreviera a franquear el umbral de tamaño mundo lingüístico.

En 1956, habiendo sabido que me hospedaba en un hotelucho de “su” capital —en Guadalajara, adonde yo iba con frecuencia para trabajar y vivir libre y a mi gusto—, el señor gobernador de Jalisco me había invitado en el hermoso antiguo palacio donde brillaban su poderío y su personalidad. En la ciudad se decía que aquel escritor, aquel intelectual, era un príncipe sabio a quien se quería; y que luchaba esforzadamente contra injusticias de siglos, contra la corrupción de ciertos ambientes políticos, los cacicazgos locales, la pobreza del pueblo; pero, cuando me encontré ante él en una especie de sala del trono, amplia, dorada, desierta, sentados él y yo en sillones dignos de un rey recibiendo a un embajador extranjero, fui dominado otra vez por un embarazo hondo y paralizante; sin embargo, luego de las impersonales cortesías de

rigor, la conversación tomó forma, se volvió precisa; o fue más bien un monólogo puesto que sólo Yáñez se expresó.

Y “el silencioso” habló lenta y metódicamente, escogiendo las palabras, encontrándolas no sin esfuerzo, añadiendo un detalle a otro detalle, sin gestos, sin énfasis, construyendo el discurso como se levanta una casa, una casa simple, desprovista de adornos pero sólida, realista, sana, una casa para vivir en ella. Habló de política más que de literatura. Y yo acabé no sólo por olvidar mi incomodidad, sino además por sentirme invadido de un sentimiento raro; tranquilidad y opulencia. Es el mismo sentimiento que despertó en mí, luego de un inicial ataque de sofocación, la lectura de la novela *Al filo del agua* —en traducción libre *Demain la tempête*— (mañana la tempestad: título que se me ocurrió a mí), lectura que empecé la noche de ese mismo día. Conocía otras obras de Yáñez pero no aquella que juzgo hoy la más digna de ser leída por el público francés. Hay en este libro una magia.

Reconstruye la existencia triste, resignada, introvertida, mas en ocasiones frenética, de una población del estado de Jalisco de la cual no se conoce la identidad real... pero, ¿qué importa?: ¿no es acaso, de alguna forma, todo el México de vísperas de la Revolución? Desde la noche inquieta de don Timoteo Limón, preludio a los terroríficos “ejercicios espirituales” que se están preparando, y cuyas páginas son las más impresionantes del libro, hasta la trastornadora aparición del cometa Halley, con el cual el universo entero anuncia la destrucción del mundo establecido, la novela de Yáñez nos constriñe a participar, querámoslo o no, en la vida de ese rincón desconocido, remoto, sin nombre, que sin embargo es de por sí un mundo. Sociedad enredada en sí misma, tenaz en su formalismo estrecho, ariscamente atada a su catolicismo medieval como a una cruz; catolicismo no sin congruencia en el que yo encuentro, pese a las atroces apariencias, una dimensión aceptable y respetable de fe religiosa, ¿y por qué no la única posible del catolicismo tradicional? Ardores reprimidos, esperanzas imposibles. Hombres y mujeres que, siendo grito, osan apenas murmurar. Roídos por llamas, dan la impresión de ser hielo; cuando el hielo

se quiebra, su gemido es más desgarrador que cualquier voz. Demencia en risas; excluyente, cruel, fabulosa. Un México distinto de cualquier imagen de México que por ignorancia o prejuicios hemos recibido en Europa... En tal medida de universalidad y humanidad, *Al filo del agua* es para mí la más bella obra que sobre México ha sido escrita por un mexicano.

CARLO COCCIOLI<sup>2</sup>  
París, 1960.

---

<sup>2</sup> Traducción realizada por el mismo autor.